

833
M.

PA 2625
E53
R682

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Á DOS PESETAS EL TOMO

El Divorcio de la Condesa.
Teresa Valignat.
La Rosa de los Mercados.
Corazón de Oro.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA ROSA DE LOS MERCADOS

I

HACE unos treinta años que el departamento de Calvados, célebre por sus opulentos valles; estaba aún, lo mismo que otros de la Normandía, poco menos que virgen de caminos de hierro.

No se oían los estridentes silbidos de las locomotoras de la Compañía del Oeste, ni en los bosques frondosos de Vive, en la llanura de Caen, ni en las hermosas praderas de Dive, la divina, en Touque ó en la Vie, así llamada sin duda porque siembra y prodiga la riqueza y la fertilidad en sus orillas.

A pesar de eso, Trouville, esa población habitada por pescadores y que más tarde se ha convertido en una prolongación y sucursal del Boulevard, empezaba á la sazón á extenderse olvidando su modesto origen.

Durante la canícula invadía una población exótica y flotante, extraña y mundanal, que deslumbraba con su lujo á los marinos y boyeros del país, de los que la mayor parte adornaban aún su cabeza con el tan clásico como ridículo gorro de algodón.

Mientras tanto, la piqueta hacía su oficio

cambiándolo todo, y en la costa elevábanse algunas casas de aspecto extraño, *villas* italianas ó *chalets* suizos, y el Alcalde, calzado con almadreñas, presenciaba y dirigía la operación de abrir nuevas vías; pero esto no era más que un embrión que debía servir de fundamento más tarde á la nueva población, y todos los habitantes del territorio conservaban bien ó mal las antiguas costumbres sencillas y caseras, hijas de un pasado que muy pronto iba á desaparecer en el olvido.

En esa época, y en el camino que iba desde Trouville á Pont-Lévêque, y como á una media legua del puerto y en el sitio á que llegan hoy las últimas casas de Touque, veíase como una granja bastante espaciosa y con el techo cubierto de balago, formando un cuadro casi regular y terminada por la parte del camino con uno de esos porches que son característicos de esa parte de Normandía y que era muy pintoresco, pero estaba deslucido por los años y un uso constante.

A ese edificio conociábase en el país con el nombre de Casa de los Godin.

En esa época, relativamente antigua, los pescadores de ese puertecito lo mismo que los de Ouistreham, Grandcamp, Dieppe, y en general todos los de la costa de Normandía, vendían en subasta su pesca á los que se dedicaban á enviarla por su cuenta y riesgo á París ó á las ciudades y aldeas del interior, y á estos últimos se les daba el nom-

bre de pescaderos, playeros ó tratantes de la playa.

Los Godin habían sido playeros ó pescaderos, de padres á hijos; pero su misión se limitaba á surtir las pescaderías de los pueblos inmediatos, como Bernay, Pont-Lévêque ó Lisieux, á los que llevaban ellos mismos su mercancía, valiéndose para ello de carros, siendo este un trabajo muy rudo, por el que tenían que pasar viajando noches y días sin descanso.

Desde Trouville á Orbec no había quien no conociese á los Godin, y el representante ó cabeza de familia de estos era en 1858 Juan Godin.

Era hombre de unos cincuenta y cinco años, pelo de color de ladrillo rojo, barbudo y despeinado, tez atezada por la intemperie, curtida la piel, mirada dura, nariz gruesa, corta y aplastada, lo mismo que si en ella le hubiesen dado un martillazo.

Tenía un carácter muy vivo, temperamento sanguíneo, pocas carnes, elevada estatura, y cuerpo fuerte y bien desarrollado.

De carácter en exceso irritable, no permitía que jamás le contradijesen, y cuando levantaba la voz, esa voz cascada que salía de una larinje expuesta de continuo á las corrientes de aire y á las nieblas nocturnas, daba un puñetazo en la mesa con su tremendo y membrudo puño, y cuantos vivían en su casa echábanse á temblar y habríanse metido en el agujero de un ratón.

En resumen, que el pescadero Godin era

un bruto, pero en cambio poseía dos cualidades muy notables, el afán de ahorrar, llevado hasta el extremo de rayar en la avaricia, y una actividad increíble.

A cambio de estas dos cualidades tenía un defecto muy grande, su afición á la bebida fuese ésta la que quisiese, vino, sidra, calvados ó cerveza, pues todas le parecían bien, porque ese hombre de carácter brutal, tenía además un estómago en que todo cogía en grandes cantidades.

Juan Godin no podía quejarse de su oficio, porque si no era rico, en cambio perteneciale la casa, así como unas cuatro ó cinco tierras de labrantío ó de prados que valían muy buenos francos en un país en que una pradera pequeña equivale á una modesta fortuna.

La verdad era que dos ó tres de esas tierras debíalas á la generosidad de su vecino el conde de Kerhoët, Oficial de marina, de origen bretón, cuyo castillejo elevábase de una eminencia de la costa, á setecientos ú ochocientos metros más allá de la casa de los Godin, y servía, por entonces, de término á los paseos de los bañistas de aquella época, aficionados á las ruinas y edificios antiguos.

Esta liberalidad del Conde tenía una explicación.

Juan Godin casóse con Francisca Maigret, ama de gobierno de los Kerhoët, y robusta normanda de pronunciadas formas, cuya belleza y ahorros impresionaron al pescadero.

El Conde se quedó sin madre siendo aún muy niño, y Francisca fue la encargada de cuidarle, y por esa causa le profesaba un cariño filial.

Juan Godin no tenía motivos de queja, y podía estar satisfecho de su casamiento, porque siendo Francisca muy inteligente, enérgica y laboriosa, secundóle en todo, llegando en poco tiempo á ser el alma de la casa.

Por desgracia en los primeros tiempos de su unión tuvo una niña á la que crió pasionalmente y quiso amamantar ella misma, y esto contribuyó á que Francisca tuviese que descuidar su trabajo durante algún tiempo y á que el pescadero empezase á aborrecer á la niña que tenía la culpa de que disminuyesen sus ganancias y le privaba además de la compañera de sus viajes y de su mejor auxiliar.

—¡Peste! ¡Maldita la falta que hacías!— solía decir á Teresita, que dormía tranquilamente en su cuna, y al decirlo amenazábala con el puño cerrado.

Era indudable también que, dotado de un carácter sombrío, estaba muy celoso de la superioridad de su mujer y de los cumplimientos que la dirigían tanto á una hermosura, de la que debía haberse manifestado orgulloso, como á la amabilidad del trato de la pescadera, y que no pasaban de ahí porque Francisca era honrada bajo todos conceptos; pero esto no impedía que su esposo le hubiese concebido algunas sospechas acerca

de su paternidad, sospechas que, aun cuando carecían de toda base, no eran por eso menos vigorosas y tenaces.

No se atrevía, sin embargo, á manifestarlas porque Francisca le dominaba, y con un gesto le obligaba á callarse.

Al cumplir Teresa los quince años, exigió el pescadero con una obstinación que nada pudo vencer, que la joven entrase en casa de los Méraud.

Estos eran otros pescaderos que tenían por entonces muy alto su pabellón en los Mercados, y sostenían con los Godin constantes relaciones de amistad y de negocios.

A pesar de la oposición de Francisca y de lo inquebrantable de su voluntad, hubo de ceder ante las amenazas cada día más temibles del pescadero, que acabó por consagrarse por completo al culto de la botella, dando lastimosos espectáculos todos los días á su esposa y á su hija, hasta que Francisca, rendida y resignada, cedió para tener alguna tranquilidad.

Enviaron á Teresa á los Mercados de París del mismo modo que si fuese un cesto de salmones ó de lenguados, de esto hacía tres años, y una mañana apeóse, dolorida y cansada de su viaje en diligencia, en la administración de ésta en la calle de Bouloi.

Recibióla en persona Nicolás Méraud, que era un mocito de recia musculatura, originario de Caen y que servía de corredor y agente á sus compatriotas, á los que robaba todo lo que podía, sosteniendo de ese modo

en la calle de Montorgueil un importante comercio.

Sus hermanas, que obraban siempre de acuerdo con él, eran revendedoras en los Mercados, en los que el *clan* de los Méraud constituía una verdadera potencia.

En la época en que Teresa Godin llegó á París, era una joven robusta, alta, fresca y apetitosa, como el racimo en la parra, ó un albérchigo en el espaldar, y á Méraud admiráronle su hermoso cabello castaño, su cutis transparente y sus ojos negros de expresiva mirada, y la besó en las mejillas sin hacer ningún cumplimento y con la misma satisfacción del que se apodera de algo del enemigo.

Para Nicolás Méraud, solterón empedernido, calavera y vividor, al que no le preocupaba nada, todas las mujeres, excepción hecha de las de su familia, eran iguales y las trataba como á un enemigo con el que estaba todo permitido.

Al día siguiente de su llegada á París colocaron á Teresa en un puesto de pescado, bajo la dirección de Artemisa Méraud, marimacho de formas pronunciadas, gestos atrevidos y dotada de una lengua muy suelta, notable por la excesiva riqueza de su vocabulario de plazuela.

Artemisa estaba encargada de la reventa de los pescados de agua dulce, anguilas, carpas, barbos, truchas, así como de la de los cangrejos, que el astuto corredor acaparaba y revendía después á otros pescadores

más pobres, realizando grandes ganancias con la ayuda de sus revendedoras.

En los primeros tiempos de su permanencia en París escribía Teresa muy á menudo á su familia; pero pasaron seis ó siete meses y sus cartas fueron haciéndose más raras, trasluciéndose en ellas crecientes tristezas, un profundo desaliento y un cansancio de la vida, que hacían que la buena Francisca se impresionase dolorosamente, mientras que el pescadero continuaba sumido en la mayor indiferencia y frialdad.

Esto sucedía en los últimos días de Marzo de 1858, año en que la primavera se retrasó en esos países de ordinario tan favorecidos por la naturaleza y únicamente la hierba crecida y de un verde de oscuros matices anunciaba la proximidad de la estación en que renace la naturaleza.

Las ramas, que pasaban por cima de la tapia de barro y paja que cerraba el porche de la granja, estaban sin hojas, y por lo descarnadas, semejábanse á brazos de esqueletos que se agitaban con siniestro ruido moviéndose á impulsos de un violento viento Noroeste que silbaba como una legión de viboras ó de gatos enfurecidos.

Habíase hecho de noche, la obscuridad densa y negra envolvía todo, y grandes nubarrones grises y compactos pasaban tan bajos, que parecía tocaban la pradera que se extendía al otro lado del camino frente á la casa y que llegaba hasta las orillas de la Touque, muy ancho en estos sitios, en lo que

se oía, entre la obscuridad, el rumor de la marea ascendente.

El camino estaba completamente desierto porque á los habitantes de ese país no les agradaba andar á deshora fuera de su casa, siendo en aquella época preciso que mediase una necesidad muy urgente para ponerse en camino, y si obraban así no era porque tuviesen miedo, sino por costumbre.

Los habitantes de Trouville, excepción hecha de los pescadores, boyeros y pastores ó de los pescaderos, acostumbran á acostarse con las gallinas, y no encendían luces, á no obligarles la necesidad.

Una noche, á eso de las nueve, hallábanse en la cocina de la granja, que era una habitación grande y ahumada, con chimenea alta y profunda, dos hombres y una mujer sentados ante una larga mesa gruesa como un madero.

Los tres tenían la barba apoyada en la palma de la mano y sendos jarros de sidra delante de ellos, y casi á su lado, en un rincón y cerca de la chimenea, dormía un criado con la cabeza caída sobre la pared y la boca abierta.

Este último llevaba una blusa de lana como las que suelen usar los marineros y pescadores.

—De manera que según se ve no queréis cedermé ese erial, señor Ledru,—dijo uno de los dos hombres llenando de tabaco la pipa que se había apagado.

—¡Ah! ¡Se conoce que tenéis ganas de

broma, amigo Godin, porque ese erial es una hermosa tierra de las de primera!

—También mil doscientos francos es una bonita cantidad,—insinuó la mujer.

—No tendría ningún inconveniente en hacer por vos un sacrificio, vecina, pero el que me pedís es muy grande. Ciento cincuenta pistolas; esa es mi última palabra para que veáis que no me aparto de la razón.

—Ese campo es pequeño,—objetó Godin.

—¿Y qué es lo que queréis? ¿Todos los terrenos del común? Pues habéis de saber que mi campo necesita unas cuantas horas para labrarse.

—¡Bah! Me parece que no.

—Os digo que sí.

—Apostemos.

El vendedor se sonrió maliciosamente.

—No tendría ningún inconveniente en jurarlo, pero no lo apostaría, porque cuesta mucho trabajo ganar el dinero para tirarlo luego en esas tonterías.

Dejó Godin la pipa sobre la mesa y miró fijamente á su interlocutor.

—Diez escudos en vino,—dijo,—es todo lo que vale.

El vecino de Godin empezaba á ablandarse pero intentó el último esfuerzo.

—No os apuréis, amigo Godin, que no me corre prisa el deshacerme de él, ya lo pensaréis mejor. Me marchó, se hace tarde, y no estoy acostumbrado como vos á andar á deshora por esos caminos de Dios. Otro día hablaremos.

Levantóse haciendo un esfuerzo visible, porque indudablemente estaba dispuesto á ceder y terminar el asunto.

—Un trago y en paz, señor Ledru.

—A vuestra salud,—contestó trincando el aldeano.

En el mismo momento llamaron á la puerta que daba al camino, y el perro, sujeto con una cadena á un tonel colocado en un rincón del patio, ladró con furia.

—¿Qué será?—dijo Francisca.

Despertóse al ruido el criado y se estregó los ojos.

—¡Ves á enterarte de lo que pasa, haragán!—ordenó con voz dura el pescadero.

—Abrid, Hipólito,—añadió su ama con más dulzura.

El criado salió de la cocina y volvió al poco rato.

—Es una carta para vos, mi ama,—dijo presentando una á la pescadera.

—¿Tan tarde?

—Según dicen, hace dos días que el peatón se la dió á Claudina para que la trajera, y á ésta se la olvidó en el bolsillo y no se atrevió á decíroslo. Ahora me la dió y echó á correr.

Miró Francisca la carta y se puso encendida como un ascua.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó.

—¿Qué demonios te pasa?—preguntóla brutalmente su esposo.

—¡Nada, que me dió un calambre, pero ya pasó!—dijo.

Y con la mirada le indicó al vendedor del campo que no quería marcharse y buscaba un pretexto para reanudar la conversación y terminar el negocio.

El pescadero comprendió inmediatamente el significado de la mirada de su esposa.

— ¡Está bién, amigo Ledru, pediremos consejo á la almohada, y más adelante hablaremos del asunto.

El aldeano dió media vuelta sobre los talones después de haber distribuido unos cuantos apretones de manos.

— Buenas noches, amigo Godin y compañía. Buenas noches y salud.

Quedáronse solos, y el pescadero interrogó con la mirada á su esposa.

— Lee, — contestó Francisca dándole la carta.

— No, lee tú.

— Vale más que leas tú.

Acercó Juan Godin el papel á una vela que humeaba en un candelero y cuya llama hacía oscilar caprichosamente el viento que penetraba por las rendijas de la pared y de los desvencijados marcos de puertas y ventanas, y con mucha dificultad deletreó las primeras palabras.

Querida madre:

Tengo que darte una mala noticia por la que vas á maldecirme, á rechazarme quizás, y sin embargo, puedo jurarte que soy muy desgraciada.

¡Estoy perdida, deshonrada!

¿Por qué no me tuviste siempre á tu lado?

El rostro del pescadero cubrióse de pronto de escarlata, y las venas de su cuello seco como un haz de cuerdas, se hincharon poniéndose muy negras.

De un sorbo apuró el contenido de su vaso, y al acabar lo tiró á la chimenea, en cuyas losas se estrelló en mil pedazos.

Al oír el ruido el criado dió un salto en su silla.

— ¿Qué es lo que pasa, mi amo? — preguntó.

De la boca del pescadero se escapó una blasfemia; pero Francisca permaneció impassible.

Continuó en la misma postura y con la cabeza apoyada en las palmas de las manos miró con extraordinaria fijeza á su marido.

— ¡Sigue! — dijole con dulzura.

Obedecióle sin darse cuenta de la fascinación que sobre él ejercía su penetrante mirada, y se dispuso á continuar la lectura.

Antes de hacerlo volvióse hacia el criado que se había instalado otra vez en su sitio, y tenía los pies casi entre las cenizas, á la que caían algunos carbones.

— Hazme el favor de marcharte, pero en seguida, — dijo.

— Ahora voy, patrón.

— Vete á la cuadra y entérate allí de lo que estoy haciendo.

Hipólito se puso en pie con la misma cal-

ma de un perro al que echan de un sitio en que está caliente.

La curiosidad impulsábale, sin embargo, á quedarse allí.

Era Hipólito un mocetón de unos veinte años, mal conformado, cabello semejante á esas hebras que coronan las mazorcas de maiz, y una fisonomía de rasgos tan mal trazados, que parecía uno de esos muñecos mal hechos á navaja por un alsaciano novicio; pero en cambio, en sus expresivas miradas adivinábase la fidelidad y adhesión del perro.

—Hipólito es de casa, de la familia casi,—observó Francisca, y no debemos tener secretos para él; puede quedarse.

Pronunció la pescadora estas palabras con firmeza, y tal vez deseosa de proporcionarse una ayuda ó una defensa.

—Que se quede,—gruñó el pescadero.

Sentóse otra vez el criado con visible satisfacción.

—Sigue leyendo,—dijo Francisca.

No es posible que os figuréis lo que sufro desde hace un año; durante mucho tiempo hice todo lo posible por ocultar mi estado, más ahora ya es imposible, y no sé lo que será de mí.

No me echéis de tu casa, madre mía, pues pienso buscar un refugio á vuestro lado.

Llegaré de noche porque de día creo me moriría de vergüenza, y si encuentro la puerta cerrada, el río no está lejos y me arrojaré de cabeza.

Así, madre, acabarán mis penas, y mi hija y yo iremos á parar al mar, y tal vez éste no nos rechace.

No me atrevo á decirte que te abrazo.

¿Qué dirá mi padre, Dios mío?

Vuestra hija,

TERESA GODIN.

A esta lectura siguió uno de esos silencios abrumadores y que duró largo tiempo.

Francisca no se movió, observando con ansiedad las alteraciones del rostro de su esposo.

En las miradas del pescadero reflejábanse su cólera y su vergüenza, y en vano esperó Francisca á que brillase en ellos un destello de compasión ó de ternura, porque ésta no apareció.

—Todo lo que tengo que decir es que la prohibo ponga aquí los pies,—dijo de pronto estrujando con rabia el papel entre sus dedos y dirigiendo á todos lados coléricas miradas.—Sí, estoy dispuesto á permitir que se muera antes en medio de una carretera, que á dejarla entrar aquí. No la conozco, no quiero consentir que entre aquí.

—¡Ah! ¡Patrón, por Dios!—intercedió Hipólito.

—Cuidate de lo que te importe.

—¿Quién te pide á tí ningún parecer, mal pastor.

—¡Oh! ¡Patrón!—dijo ofendido el criado. Hay que advertir que en Normandía, en

donde los carneros son excelentes, los pastores tienen una fama que no tiene nada de olor de santidad, y por eso semejante calificativo es casi una injuria.

Herido en su amor propio volvióse Hipólito cara á la lumbre.

—¿Y crees que estoy dispuesto,—signió diciendo el pescadero con acento colérico,— á permitir que venga aquí esa muchacha para que por su culpa seamos la irrisión del país? Aquí no es posible ocultar nada, y en adelante no podremos presentarnos en ninguna pescadería sin que todo el mundo nos señale con el dedo diciendo al vernos pasar: *¡Ahí están los Godin, su hija es esto y lo de más allá, y ha vuelto de París Dios sabe cómo!* ¡Miserable! Lo que está sucediendo ahora lo había yo previsto siempre, porque desde muy niña se acostumbró á mentir. Desde que tenía seis años fue protegida por tí, y la defendías tuviese ó no razón; ¡todo era bueno tratándose de ella! ¡Pobres de nosotros, en buen lío nos metió!

Impasible en la apariencia dejó Francisca pasar ese flujo de palabras y escuchó con mucha atención los rumores que se oían fuera de la casa.

Callóse el pescadero sin poder respirar, y entonces, sin alterarse, replicóle su mujer.

—Vale más que te calles y nos dejes en paz, porque bien sabes que tienes la culpa de todo lo que pasa.

—¿De qué tengo la culpa?

—¡De lo que sucede!

Creyó Francisca que su marido iba á contestar con una explosión de cólera; pero Godin se contentó con ponerse á horcajadas en su silla y echarse á reír.

—¡Siempre dices lo mismo! ¡No sabes más canción que esa! ¡La defiendes en todo y por todo!—contestó.—Me figuraba que me ibas á decir eso mismo, ¡que tengo la culpa de lo que sucede! ¿Quieres hacerme el favor de decirme por qué?

—La odiabas,—respondió Francisca,— y no puedes decirme por qué causa; pero lo que sí es cierto, es que no la tragabas ni á buenas ni á malas. Eso es en tí como una enfermedad y á toda costa necesitabas deshacerte de ella.

—Lo que dice el ama es la verdad,—afirmó Hipólito desde su rincón.

El pescadero le miró de una manera furibunda.

—Escúchame y cállate,—le dijo Francisca con mucha gravedad.—¡Enviar á París á una muchacha de quince años, hermosa como la que más, porque Teresa lo es, y dejarla allí abandonada, sin los consejos de una madre ó el apoyo de un padre, es un crimen que clama justicia, y merece castigo, y ahora le recibimos, y yo la primera! Cedi, y caí en mi falta, y recibo el castigo por no haber sabido resistirme á tu voluntad, y debí hacerlo aun cuando hubiese regañado contigo.

¡Es mi hija y la quiero ahora lo mismo que antes de que cometiera tan grave falta; sí, la quiero porque es la hija de mis entrañas y

creo que no la podemos dejar en medio del arroyo. Mira, Juan, mira, lo mejor que puedes hacer es ocuparte de tu trabajo y de tus negocios y déjame á mí que haga lo posible para arreglarlo todo. Dices que todo el mundo nos señalará con el dedo, peor para nosotros; mas convéncete de que tienes tú la culpa. Lo que tú crees que va á ser comidilla de nuestros vecinos puede ocultarse, y creo que no haya necesidad de irse por ahí dando voces y contando la historia por puentes y carreteras.

—También en esto tiene razón el ama, patrón,—indicó Hipólito.

Como vulgarmente suele decirse, el pescadero tascó el freno y no dijo nada.

Casi en el mismo instante el reloj de madera pintada que estaba colgado á un lado de la chimenea detúvose un momento, y de pronto oyóse un gran rechinamiento de engranajes y cadenas al que sucedió el del timbre, dando diez campanadas vibrantes y claras.

—¡Las diez!—exclamó el pescadero poniéndose en pie.

—Las barcas van á tomar tierra, patrón,—respondió Hipólito.

—Sí, ¡maldición! Vamos á llegar cuando los vecinos hayan arramblado con todo y no queden más que desperdicios, ¡esa maldita pécora tiene la culpa!—dijo furioso Juan Godin.

—Con calma, mi amo,—replicó el criado con alguna firmeza,—no olvidéis que aun

cuando os quisieseis estrellar de cabeza contra la pared, el mal está ya hecho. No podéis remediarlo y tened presente que la juventud es muy frágil, sobre todo allá abajo, según dicen.

—En fin, veremos,—murmuró Juan Godin entre dientes.—Voy á llegar tarde al mercado y necesito ganar algunos sueldos para pagar el campo de ese condenado Ledru que me conviene mucho, y esto sin contar con el Médico. Vete á la cuadra y engancha en seguida.

Suspirando levantóse el criado de su refugio al lado de la chimenea y abrió la puerta por la que penetró una violenta ráfaga de viento que apagó la luz al mismo tiempo que un torbellino de lluvia mojaba la entrada.

—¡Qué tiempo más perro!—exclamó el criado.—Lo que es hoy, los pescadores bien pueden decir que no han ido á una fiesta. Valdría más tener buenas rentas para no necesitar salir con una noche como ésta, ¿no os parece lo mismo, patrón?

Este, por toda respuesta, le dió un empujón para echarle fuera.

—Acaba pronto,—ordenó.

Y dirigiéndose á Francisca que no se movía, añadió:

—¿Vienes, ó no?

—Quiero esperar. Se me metió en la cabeza la idea de que llega hoy y hasta me parece que la oigo entre el ruido de la lluvia.

—Éstas loca si crees que viene hoy.

—Sí, lo creo.

—Los parroquianos pondrán mala cara.

—Peor para ellos, ¿y si encontrase la puerta cerrada? ¿No leiste lo que dice?

—¿Acaso se hace siempre lo que se dice?

—La conozco y tiene un corazón muy animoso y sé de lo que es capaz. Lo haría y por lo tanto me quedo.

—Como quieras, ¿y si no la da la gana de venir en quince días?

—La esperaré quince días. Como la pasa un trabajo quiero que encuentre aquí á su madre ¿lo oyes? ¡Lo quiero!

—No soy sordo.

A estas palabras sucedió el ruido del carro que sacaban del cobertizo, de los caballos que relinchaban en la cuadra, de los arneses con cascabeles que les ponían mezclándose todo esto con el murmullo de algunas frases entrecortadas acerca del malestado del tiempo y de la borrasca que en aquellos momentos se desencadenaba con extraordinaria fuerza.

Godin se quedó solo en el umbral de la puerta contemplando el cielo que estaba más obscuro que la galería de una mina de carbón, y el criado, que había tenido que renunciar á tener la luz encendida, enganchara á tantas los caballos.

—¿De modo que te empeñas en quedarte?—dijo el pescadero dirigiéndose otra vez á su mujer.

—¿No te da vergüenza el insistir en que me marche?

—Haz lo que quieras, pero ten presente

que si quieres vivir en paz, debes ocultar á tu hija en el granero, y que cuanto antes se marche de aquí será mejor para todos.

—Está bien. ¿Se te olvidaba alguna cosa? ¿Llevas el capote?

—No hay cuidado que se me olvide.

—Dí á los parroquianos que pronto iré á verlos; que no se apuren por mí.

—Y tú, acuérdate de lo que te dije. ¡Deseo que se haga mi voluntad!

—Lo pensaré.

—Abre, Hipólito, —ordenó el amo.

El criado mientras tanto había terminado la operación de enganchar los caballos.

Al mismo tiempo que el criado abría la puerta del corral, y de sus goznes escapábase un plañidero rechinamiento, se deslizó muy arimada á los pilares una sombra que se ocultó bajo el cobertizo en uno de los rincones más oscuros.

El perro gruñó y se movió en su cubil, pero no ladró ni dió ninguna señal de alarma.

Era tan oscura y tenebrosa la noche, que ni el amo ni el criado vieron nada, por más que al pasar casi tocó la sombra al criado en el brazo.

Salió del patio arrastrada por dos pencos blancos y huesosos una especie de carreta baja de cuatro ruedas y cubierta con un toldo hecho de velas, y de todo desprendíase un olor muy fuerte á pescado.

El carromato guiado por Godin tomó el camino de Trouville, y al poco rato el ruido de los cascabeles de los caballos y el de los

fustazos del pescadero se perdió entre el estrépito de la borrasca que iba en aumento.

Cerró Francisca la puerta del corral, atravesó éste con mucha ligereza, porque la lluvia torrencial lo había transformado en pocos minutos poco menos que en un estanque, en el que desaparecían los estercoleros, y entró en la cocina, en la que una linterna de luz mortecina apenas alumbraba.

En el momento en que para cerrarla empujaba la puerta, se arrojó á su cuello una joven cuyas ropas estaban chorreando agua y se pegaban á su cuerpo.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de la pescadera, y llorando amargamente y sollozando murmuró con profundo desconuelo:

—¡Madre! ¡Madre mía!

Retrocedió Francisca y contempló con doloroso asombro el rostro demacrado de su hija, y dejándose llevar de un arranque de apasionada ternura la estrechó sobre su pecho diciéndola al mismo tiempo:

—¡Ven, hija mía! ¡No tengas miedo y cuéntamelo todo!

II

En el día que ocurrían estos sucesos, y á la misma hora, la hermosa fragata de guerra *Diana* franqueaba, á pesar del mal tiempo

los formidables pasos de la rada de Brest.

En medio de las enormes rocas contra las que habríanse estrellado infaliblemente á desviarse de su camino, sirviéronla de guía los faros de Toulingelet, Saint Mathieu, Portzic, Camaret y Petit Minou.

A bordo de la fragata reinaba una alegría muy grande, lo que era muy natural, porque desde hacía diez y ocho meses estaba navegando por las aguas de Filipinas, Borneo y Japón, á miles de leguas de las costas francesas.

Es un momento de enternecimiento, un momento encantador aquel en que dejando á un lado toda falsa sensibilidad, se vuelve á poner el pie en el suelo de la madre patria.

En el fondo de la rada brillaban como otras tantas estrellitas las luces del puerto y de la ciudad destacándose de entre la obscuridad.

Iban á anclar, y Oficiales y marineros todos permanecieron sobre el puente latiéndoles con fuerza el corazón.

La persona que no haya estado ausente de la patria durante muchos años ó sufrido ese destierro en medio de la soledad infinita de los Océanos y vivido separada de los seres á quien más se quiere, no puede comprender la intensidad de la emoción de esos soldados del deber que regresan á su país natal.

Entre esos hombres, á los que embelesaba la idea de respirar los aires natales, encontrábase uno en quien no obstante de lo impenetrable de su rostro, ese embeleso supe-